

**MARAVILLOSA COLECCIÓN
DE NUEVOS CUADERNOS**

**NOTAS SOBRE MAQUIAVELO
A CABALLO DE UN PAIS DESTROZADO**

LA PRIMERA PARTE

**PERTENECIENTE A LA EXIMIA PLUMA DE
JUAN PAMPERO**



**EDICIONES DEL
ILUSTRE RESTAURADOR**

NOTAS SOBRE MAQUIAVELO A CABALLO DE UN PAÍS DESTROZADO

(Si Napoleón hizo sus notas, ¿por qué no he de hacer las mías?)



Como vosotros sabéis, hace poco hube de andar fisgoneando a Nicolás Maquiavelo –su dibujo en el recuadro-, al que no veía de añares ha. Porque para entender a Gramsci hay que acompañarse de don Nicolás, quien sin saberlo ni inmemorialmente, hizo el guión que aprovecharía el comunista sardo para hacer su teoría que nos desharía a nosotros. Que no digo con esto, que los bolcheviques sean ladrones consumados de ideas ajenas. No. Aunque a veces ejecutan estos pecados menores y otros mayores que, por pundonor, no son de decirse. Mas hoy, con el asunto del *progresismo*, hay piedra libre para darle al plagio sin asco, sin medida, ni cordura. De esta manera se ganan el pan algunos, que todos los días descubren el agujero del mate, otros aprovechan este descubrimiento y muchos ignorantes son los que miran, asimilan y degustan el antipasto. Así como tampoco supuso don

Nicolás que, andando el tiempo, su apellido habría de derivarse en un sustantivo *maquiavelismo* y en un adjetivo *maquiavélico*. Pero allí están los dos aprobados de antaño por la Academia. Respetuoso, no me voy a poner a discutir con los eximios de la lengua.

Cuando en esto estaba, se me ocurrió mandaros algunos extractos de los capítulos de *El Príncipe*, para que ustedes, haciendo una variedad de juego, digan a qué período de toda nuestra historia, que anda arañando los doscientos años, se puede acomodar las sentencias del Secretario Florentino. Mi comentario, que no insinúo sea el vuestro, lo he colocado en imágenes en lugar de hacerlo con letras. Los que hiciera Napoleón Bonaparte como notas en los márgenes de la edición francesa, están con llamadas y desarrollados, al final, en las referencias. Ellas pueden o no coincidir con la edición castellana, la francesa o la italiana. Las citas tomadas del original, son los que siguen:

DE LA DEDICATORIA: NICOLAUS MACLAVELLUS AD MAGNIFICUM LAURENTIUM MEDICEM
(NICOLAS MAQUIAVELO AL MAGNIFICO LORENZO de MÉDICIS).



“Tampoco quiero que se considere una presunción el hecho de que un hombre de baja, es más, de ínfima condición se atreva a discurrir y a opinar sobre el gobierno de los príncipes, porque, así como los que dibujan mapas se sitúan en la llanura para estudiar la naturaleza de las montañas y de los lugares elevados, y suben a los montes para estudiar las llanuras, para conocer bien la naturaleza de los pueblos hay que ser príncipe, y para conocer la de los príncipes hay que ser pueblo.”

DEL CAPITULO 1: QUOT SINT GENERA PRINCIPATUM ET QUIBUS MODIS ACQUIRANTUR
(CUÁNTAS SON LAS FORMAS DE PRINCIPADO Y COMO SE ADQUIEREN).

“Los principados pueden ser hereditarios, cuando la estirpe de su señor los ha gobernado durante mucho tiempo, o pueden ser nuevos. Los nuevos pueden ser completamente nuevos, como fue Milán para Francesco Sforza, o ser como miembros del estado hereditario del príncipe que los consigue, como es el reino de Nápoles para el rey de España. Los estados que se adquieren de esta forma pueden ser acostumbrados a vivir bajo la autoridad del príncipe o pueden estar acostumbrados a ser libres, y se los puede conquistar con las armas de otros o con las propias, con la suerte o con la virtud.”

DEL CAPITULO 2: DE PRINCIPATIBUS HEREDITARIIS (LOS PRINCIPADOS HEREDITARIOS).

“Porque un príncipe natural tiene menos motivos y menos necesidad de ofender, por lo que es natural que sea más amado por sus súbditos, y si no se hace odioso por la desmesura de sus vicios, es lógico que los suyos lo aprecien. Además en la antigüedad y la continuidad del señorío se apagan los recuerdos y razones que dan pie a las innovaciones, porque un cambio siempre deja un camino abierto para otro.”

DEL CAPITULO 3: DE PRINCIPATIBUS MIXTIS (LOS PRINCIPADOS MIXTOS)

“Ante todo, si no se trata de un principado completamente nuevo, sino de una especie de apéndice, que en conjunto podríamos denominar mixto, su inestabilidad nace en primer lugar de una dificultad natural propia de todos los principados nuevos: que los hombres siempre están dispuestos a cambiar de señor, creyendo que así van a mejorar; y esta convicción les



hace alzarse en armas contra él; aunque se engañan, porque luego comprueban por experiencia que han empeorado. Esto se debe a su vez a otra necesidad natural y ordinaria, que es que siempre hay que ofender a los nuevos súbditos, tanto con las armas como con los numerosos ultrajes que provoca la nueva adquisición. Debido a esto, siempre tendrás como enemigos a los que ofendiste cuando ocupaste el principado, y tampoco podrás conservar como amigos a los que te apoyaron



porque no puedes satisfacerlos como ellos esperaban; tampoco puedes emplear remedios enérgicos en su contra, puesto que estás en deuda con ellos, porque, aunque se tenga un ejército poderoso, para entrar en una región siempre hay que contar con el apoyo de sus habitantes.”

DEL CAPITULO 4: CUR DARI REGNUM QUOD ALEXANDER OCCUPAVERAT A SUCCESSORIBUS SUID POST ALEXANDRI MORTEM NON DEFECIT (POR QUÉ RAZÓN EL REINO DE DARIO, CONQUISTADO POR ALEJANDRO, NO SE REVELÓ A SUS SUCESORES UNA VEZ MUERTO ÉSTE).



“A esto respondo que todos los principados conocidos están gobernados de dos maneras distintas: o mediante un príncipe de quien todos los demás son servidores, que le ayudan a gobernar el estado en calidad de funcionarios, por gracia y concesión suya, o mediante un príncipe y una corte de nobles, que gozan de esa condición no por gracia de su señor, sino por la antigüedad de su linaje. Estos nobles tienen estados y súbditos propios, que los



reconocen como señores y les profesan su afecto espontáneamente. En los estados gobernados por servidores el príncipe tiene una mayor autoridad, porque no hay nadie más en todo el país a quien se reconozca como superior, y si los súbditos obedecen a algún otro, es en calidad de ministro y funcionario, y no le profesan ningún cariño.”

DEL CAPITULO 5: QUOMODO ADMINISTRANDAE SUNT CIVITATES VEL PRINCIPATUS QUI ANTEQUAM OCCUPARENTUR SUI LEGIBUS VIVEBANT (CÓMO HAY QUE GOBERNAR LAS CIUDADES O PRINCIPADOS QUE, ANTES DE SER OCUPADOS, VIVÍAN CON SUS PROPIAS LEYES).



“Cuando los estados que se conquistan, como hemos dicho, están acostumbrados a vivir en libertad y a tener sus propias leyes, hay tres formas de conservarlos: la primera es destruirlos, la segunda ir a vivir allí personalmente y la tercera dejar que sigan viviendo con sus propias leyes, cobrándoles un tributo y creando en su interior gobiernos oligárquicos que los mantengan fieles a ti. Porque dichos gobiernos saben que, al haber sido creados por el príncipe, no pueden subsistir sin su poder y amistad, y se ven obligados a hacer todo lo posible para mantenerlo. Además, es más fácil gobernar una ciudad acostumbrada a vivir en



libertad utilizando sus propios ciudadanos que de cualquier otra forma, si es que desea conservarla.”

DEL CAPITULO 6: DE PRINCIPATIBUS NOVIS QUI ARMIS PROPIIS ET VIRTUTE ACQUIRUNTUR (LOS PRINCIPADOS NUEVOS QUE SE CONQUISTAN CON LOS PROPIOS EJÉRCITOS Y LA PROPIA VOLUNTAD).

“Los que como aquéllos, se convierten en príncipes gracias a sus capacidades, encuentran más dificultades para conquistar el principado, pero les resulta más fácil conservarlo; y las dificultades que se les presentan nacen en parte de las nuevas leyes y de los nuevos sistemas que se ven obligados a introducir para garantizar la estabilidad del estado y su propia seguridad. Y hay que considerar que no hay nada de trato más difícil, de éxito más dudoso y de manejo más arriesgado que la introducción desde el poder de nuevos ordenamientos, porque el que introduce innovaciones tiene como enemigos a todos los que se beneficiaban



del ordenamiento antiguo, y como tímidos defensores a todos los que se beneficiarían del nuevo. Dicha timidez nace, en parte, del miedo a los adversarios, que tienen las leyes a su favor, y en parte de la incredulidad de los hombres, que no creen realmente en las cosas nuevas hasta que no están firmemente respaldadas por la experiencia. De ello nace que cada vez que los que se oponen a las reformas tienen ocasión de rebelarse, lo hacen con violencia facciosa, mientras que los otros las defienden sin convicción, de forma que el mismo príncipe corre peligro junto con ellos. Por tanto, para profundizar



bien este asunto, hay que examinar si los innovadores se valen por sí mismos o si dependen de otros, es decir, si para llevar a cabo su obra tienen que rogar o pueden imponerse por la fuerza. En el primer caso siempre acaban mal y no consiguen llevar nada a término, pero si dependen de sí mismos y pueden imponerse por la fuerza, entonces rara vez se encuentran en peligro. A esto se ha debido que todos los profetas armados hayan vencido, y los desarmados hayan fracasado.”

DEL CAPITULO 7: DE PRINCIPATIBUS NOVIS QUI ALIENIS ARMIS ET FORTUNA ACQUIRUNTUR (LOS PRINCIPADOS NUEVOS QUE SE CONQUISTAN GRACIAS A LA SUERTE Y A LAS ARMAS DE OTROS).

“Los que de privados se convierten en príncipes sólo gracias a la suerte, lo consiguen con poco esfuerzo, pero luego les cuesta mucho mantenerse; durante el camino no encuentran dificultades, porque vuelan sobre él, pero en cuanto están establecidos se les presentan



todos los problemas. Esto ocurre cuando un estado es concedido por dinero o por la gracia de quien lo otorga: así les sucedió a muchos en Grecia, en las ciudades de Jonia y Helesponto, a quienes Dario hizo príncipes para afianzar la seguridad y la gloria de su reino, o también aquellos emperadores que, de simples ciudadanos, llegaron al poder por la corrupción de los soldados. Estos hombres sólo se sostienen sobre la voluntad y la suerte de los que les han concedido el poder, que son dos cosas extraordinariamente cambiantes e inestables, y ni saben ni pueden desempeñar ese cargo. No saben, a menos que no se trate de hombres de gran ingenio y grandes capacidades, no es lógico que, habiendo vivido siempre como privados,



estén capacitados para estar en el mando; y no pueden porque no tienen fuerzas que los apoyen y les sean fieles. Además, los estados que nacen rápidamente, al igual que todas las demás cosas que en la naturaleza nacen y crecen deprisa, no pueden tener raíces y las ramificaciones necesarias, por lo que mueren con la primer helada; a menos que, como hemos dicho, los que se han convertido en príncipes sean hombres de tanta virtud que desde el primer momento sean capaces de tomar las medidas necesarias para conservar lo que la suerte les ha entregado, y sepan construir después los cimientos que los demás han construido antes de ser príncipe.”

DEL CAPITULO 8: DE HIS QUI PER SCELERA AD PRINCIPATUM PERVENERE (DE LOS QUE HAN LLEGADO AL PRINCIPADO MEDIANTE DELITOS).



“Por lo tanto, hay que señalar que cuando se conquista un estado, el que lo ocupa tiene que pensar cuáles son los ultrajes que va a tener que cometer y hacerlos todos de una vez, para no tener que cometer uno nuevo cada día, asegurándose de esa forma la fidelidad de los hombres y ganándose los con los beneficios que les ofrece. Quien actúe de otra forma, ya por timidez o porque ha sido mal aconsejado, siempre tendrá que tener la espada en la mano, y



nunca podrá confiar en sus súbditos, puesto que éstos, a su vez, no podrán

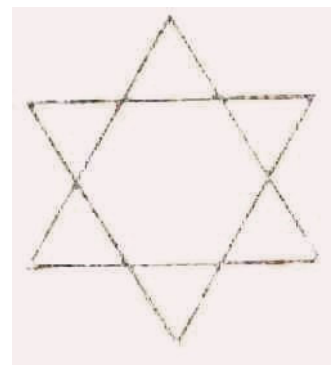
sentirse seguros con él, a causa de los nuevos ultrajes que continuamente reciben. Porque a los ultrajes hay que hacerlos todos a la vez, para que, al saborearse menos, la ofensa sea menor, mientras que los beneficios hay que hacerlos poco a poco, para que los saboreen mejor. Y, sobre todo, un príncipe debe vivir con sus súbditos, para que ningún acontecimiento, tanto bueno como malo, lo obligue a cambiar de actitud; porque si tienes que hacerlo en un momento de adversidad, no llegas a tiempo a remediar el mal, y el bien que haces no te beneficia, puesto que juzgan que lo haces por obligación, y no recibes ningún agradecimiento.”

DEL CAPITULO 9: DE PRINCIPATU CIVILI (EL PRINCIPADO CIVIL).

“Pero volviendo al otro caso, es decir, cuando un simple ciudadano se convierte en príncipe de su patria, no mediante el delito u otras intolerables violencias (lo que podríamos definir como principado civil; y para llegar a él no hace falta sólo talento o sólo suerte, sino más bien astucia afortunada), digo que este principado se puede alcanzar bien con el favor del pueblo o bien con el favor de los poderosos. Porque en todas las ciudades existen estas dos facciones distintas, y se debe al hecho de que el pueblo no quiere ser sometido ni oprimido por poderosos, y los poderosos quieren someter y oprimir al pueblo; de estas tendencias opuestas nace en las ciudades uno de estos tres efectos: principado, libertad o desorden.

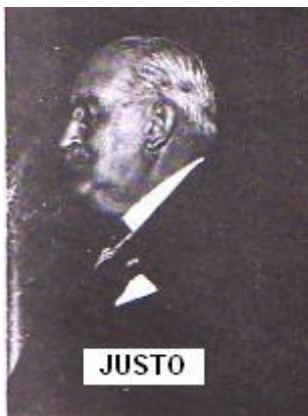


El principado lo crean o el pueblo o los poderosos, según al cual de estas partes se le presente la ocasión. Porque cuando los grandes ven que no pueden hacer frente al pueblo, empiezan a reforzar el prestigio de uno de ellos, al que nombran príncipe, para poder saciar su apetito bajo su protección. A su vez, también el pueblo, cuando ve que no puede hacer frente a los poderosos, concentra todo el poder sobre un hombre al que nombran príncipe, para defenderse mediante su autoridad. Al que llega al principado con la ayuda de



los poderosos le cuesta más mantener el poder que al que llega con la ayuda del pueblo, porque, como príncipe, se encuentra rodeado de muchos que le parecen iguales, a los que no puede dar órdenes ni manejar a su antojo. Pero el que llega al principado con el favor popular se encuentra solo, y no hay nadie o casi nadie que no esté dispuesto a obedecerlo.”

DEL CAPITULO 10 : QUOMODO OMNIUM PRINCIPATUUM VIRES PERPENDI DEBEANT (COMO HAY QUE VALORAR LAS FUERZAS DE CADA PRINCIPADO).



“Cuando se estudian las características de estos principados hay que hacer otra consideración, a saber, si el príncipe tiene un estado suficientemente poderoso como para resistir por sí mismos es caso de necesidad, o si siempre necesita de la defensa de otros. Para explicar mejor este concepto, diré que yo juzgo capaces de resistir por sí mismos a los que, disponiendo de hombres o de dinero en abundancia, pueden reunir un ejército adecuado y enfrentarse en el campo de batalla a cualquiera que venga a atacarlos; en cambio; juzgo que siempre necesitan que alguien los defienda



aquellos que no pueden enfrentarse al enemigo con un ejército, y se ven obligados a refugiarse dentro de las murallas y a protegerlas. Del primer caso ya hemos hablado, y más adelante diremos lo que sea oportuno. Del segundo caso no se puede decir nada más, salvo incitar a esos príncipes a fortificar y defender sus ciudades, sin preocuparse del resto del país. Quien haya fortificado bien sus ciudades y en lo demás haya procedido con los súbditos como hemos dicho y como más adelante diremos, siempre será atacado con cautela, porque los hombres siempre se muestran reacios a abordar empresas que presentan dificultades, y no se puede ver ninguna facilidad en atacar a un hombre que tiene sus tierras bien protegidas y que no es odiado por su pueblo.”

DEL CAPITULO 11 :DE PRINCIPATIBUS ECCLESIAATICIS (LOS PRINCIPADOS ECLESIASTICOS)



“Ahora ya sólo nos queda hablar de los principados eclesiásticos. En ellos todas las dificultades se presentan ante de poseerlos, porque para conquistarlos hace falta o virtud o suerte, porque para conservarlos no es necesario ninguna de ellas, puesto que están regidos por antiguas instituciones eclesiásticas que han tenido tanta influencia y tanto prestigio que mantienen a sus príncipes en el poder independientemente de cuál sea su forma de proceder y de vivir. Estos príncipes son los únicos que tienen estados y no los defienden, y tienen súbditos y no los gobiernan; y aunque sus estados no estén defendidos, nadie se los quita, y los súbditos no se preocupan de la falta de gobierno, y no piensan en abandonar a sus señores. Estos son, pues, los únicos principados seguros y felices. Pero, puesto que están gobernados por causas superiores, a las que la mente humana no alcanza, me abstendré de hablar de ellos porque, puesto que son elegidos y

mantenidos por Dios, razonar sobre ellos sería propio de un hombre presuntuoso y temerario.”

DEL CAPITULO 12 : QUOT SINT GENERA MILITIAE ET DE MERCENARIIS MILITIBUS (TIPOS DE EJERCITO: LOS EJERCITOS MERCERARIOS).



“Hemos dicho antes que un príncipe tiene que tener unos fundamentos sólidos, ya que en caso contrario fracasara irremediabilmente. Los fundamentos principales de todos los estados, ya sean éstos nuevos, viejos o mixtos, son las buenas leyes que hay que respetar y los buenos ejércitos que deben ser respetados; puesto que no puede haber buenas leyes donde no hay buenos ejércitos, y donde hay buenos ejércitos conviene que haya buenas leyes, pasaré por alto las leyes y hablaré de los ejércitos.



Así pues, digo que el ejército con que un príncipe defiende su estado puede ser propio o mercenario, auxiliar o mixto. Los ejércitos mercenarios y los auxiliares son inútiles y peligrosos: si uno funda su estado sobre milicias mercenarias nunca se sentirá firme ni seguro, porque están desunidas, son ambiciosas, sus generales son crápulas y especuladores, y carecen de disciplina y de fidelidad a su señor; son valientes frente a los amigos, indiferentes con los desvalidos y obsecuentes con los superiores, dícense creyentes de Dios pero no le temen porque sus fondos son

de ateos, no tienen lealtad para con los hombres ni para con ellos mismos, y tu ruina sólo se demorará lo que se demore el momento del ataque; en la paz sufres su rapacidad, y en la guerra la del enemigo del cual no te protegerán o antes bien se unirán a él para que de ti no quede ni el recuerdo. La razón de todo esto es que el único deseo y la única razón que los mantiene en el campo de batalla es recibir la paga y, de ser posible, inmiscuirse en un negocio, todo lo cual no es suficiente para que no quieran morir por ti. Están totalmente dispuestos a ser tus soldados mientras no estás en guerra, pero en cuanto la guerra llega, sólo piensan en huir, marcharse o trabar alianzas con tu enemigo.”

NOTAS SOBRE MAQUIAVELO A CABALLO DE UN PAÍS DESTROZADO

(Si Napoleón hizo sus notas, ¿por qué no he de hacer las mías?)

SEGUNDA PARTE

DEL CAPITULO 13: DE MILITIBUS AUXILIARIIS MIXTIS ET PROIIS (LOS EJERCITOS AUXILIARES, MIXTOS Y PROPIOS).



“Las tropas auxiliares, que son la segunda clase de tropas inútiles, son las que se tienen cuando se pide a algún poderoso que venga a ayudarte y a defenderte con su ejército (...) Estos ejércitos pueden ser útiles y buenos en sí mismos, pero casi siempre resultan perjudiciales para quien los llama, porque si pierdes, acabas derrotado y si ganas, acabas siendo su prisionero (...) Por consiguiente quien no quiera vencer, que se sirva de estas tropas, porque son mucho más peligrosas que las mercenarias. Porque con éstas, tu



ruina es inmediata: están muy unidas, y puestas al servicio de otros; en cambio las mercenarias, después de haber vencido, necesitan más tiempo y una mejor ocasión para ofenderte, puesto que no forman un solo cuerpo, y puesto que tú las has creado y tú las pagas; y si pones al mando a un tercero, de momento no tendrás la autoridad necesaria para volverse en tu contra. Resumiendo, en las mercenarias es más peligrosa la cobardía, en las auxiliares el valor.

Por tanto, el príncipe sabio siempre ha rehuído esta clase de tropas y se ha servido de las suyas, y antes ha preferido perder con sus soldados que vencer con los de otros, considerando que no es una verdadera victoria la que se consigue con soldados ajenos (...)

Concluyo, pues, que ningún principado está seguro si no tiene su ejército propio, es más, está por completo en manos de la suerte, ya que no hay valor que la defienda fielmente en las adversidades. Y siempre fue opinión y sentencia de los hombres sabios “*quod nihil sit tam infirmum aut instabile quam potentiae non sua nixa*” (Maquiavelo se refiere a la sentencia de Tácito, Annales, XIII, 19: “*que no hay nada más débil e inestable que la fama del poderoso que no nace de su propia fuerza*”). Los ejércitos propios son los que están compuestos de súbditos, ciudadanos o auxiliares. Y será fácil encontrar la forma de organizar el propio ejército si se examinan las instituciones militares de los cuatro que he citado.”

DEL CAPITULO 14: QUOD PRINCIPEM DECEAT CIRCA MILITIAM (DEBERES DE UN PRINCIPE FRENTE AL EJERCITO).

“Así pues, un príncipe no debe tener otro objetivo ni otra preocupación, ni debe considerar como suya otra misión que la de la guerra, la organización y su disciplina. Porque ésa es la única misión que compete a quien gobierna, y su importancia es tal que no sólo mantiene en el poder a los que han nacido príncipes, sino que muchas veces hace que alcancen ese grado hombres de privada condición; también se observa, por el contrario, que los príncipes que se



han preocupado más de las comodidades que de las armas han perdido su estado. La primera causa de que lo pierdas es la descuidar esta actividad, y la primera causa de que lo consigas es que la tengas como profesión, respetándola y haciéndola respetar por todos los súbditos (...)

Por lo tanto, nunca debe alejar su pensamiento del ejercicio de la guerra, y en la paz aún más que en la guerra, cosa que puede hacer de dos maneras:



la acción, además de mantener a los suyos bien organizados y entrenados, debe dedicarse con frecuencia a las cacerías, y acostumbrarse así su



cuerpo a la fatiga, y en parte aprender cuáles son las características de cada lugar, y saber cómo se elevan las montañas, cómo son las entradas a los valles, cómo se extienden las llanuras, y conocer cuáles son la naturaleza de los ríos y de los pantanos, dedicando a ellos gran atención (...)

Por otra parte, en lo que respecta a ejercitar la mente, el príncipe debe leer los ejemplos que da la historia, y considerar las acciones de los hombres más ilustres: ver cómo se portaron en las guerras, analizar las razones de sus victorias y de sus derrotas para poder imitar las primeras y evitar las últimas, y, sobre todo, hacer lo que ya han hecho en tiempos pasados otros hombres sobresalientes: imitar a un hombre que antes de ellos ha recibido alabanzas y gloria, cuyos gestos y acciones siempre han tenido presentes.”

DEL CAPITULO 15: DE HIS REBUS QUIBUS HOMINES ET PRAESERTIM PRINCIPES LAUDANTUR AUT VITUPERANTUR (CUALIDADES POR LA QUE LOS HOMBRES, Y ESPECIALMENTE LOS PRINCIPES, SON LOADOS O VITUPERADOS).

“Pero siendo mi intención escribir una cosa útil para quien esté en grado de entenderla, me ha parecido más conveniente perseguir la realidad de los efectos antes que la realidad artificial. Muchos han imaginado repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos en la realidad, y es que hay tanta diferencia entre cómo se vive y cómo habría que vivir, que el que no se ocupa de lo que se hace para preocuparse de lo que habría que hacer, aprende antes a fracasar que a sobrevivir. Porque es inevitable que un hombre que quiera hacer en todas partes profesión de buenos se hunda entre tantos que no lo son. Por eso es necesario que un príncipe que se quiera mantener aprenda a no ser bueno, y utilizar esa capacidad según la necesidad.



Así pues, pasando por alto lo que se imagina acerca de los príncipes, centrándose en la realidad, digo que todos los hombres, y especialmente los príncipes por su posición eminente, presentan, cuando se los examina, alguna cualidad que es motivo de críticas o alabanzas. Es decir, que a algunos se los considera generosos, a otros míseros (utilizando un término de los *toscanos*, porque en nuestra lengua *avaro*, como se les dice a los judíos, es el que desea robar, mientras que llamamos *miserable* al que se abstiene



excesivamente de usar lo suyo, como también lo hacen los judíos); a alguno se lo considera dadivoso, a otro rapaz, a uno cruel, a otro piadoso, a uno traidor, a otro fiel, a uno afeminado y pusilánime, a otro feroz y animoso, a uno humano a otro soberbio, a uno lascivo, a otro casto, a uno leal, a otro astuto, a uno implacable, a otro fácil, a uno severo, a otro superficial, a uno religioso, a otro falto de fe, y otros ejemplos semejantes. Y sé que todos afirmarán que sería enormemente loable que en un príncipe se encontraran, de todas las cualidades que hemos mencionado arriba, las que se consideran buenas; pero puesto que no se puede tenerlas todas ni observarlas en su totalidad, porque la condición humana no lo consiente, es necesario que el príncipe sepa evitar con su prudencia la infamia de aquellos vicios que le quitarían el estado, y sepa guardarse, en lo posible, de los que no se lo quitarán; no obstante, si no es capaz, puede dejarse llevar por ellos sin demasiado temor

Y además no debe preocuparse de incurrir en infamia de aquellos vicios sin los cuales difícilmente podría salvar al estado, porque, si se examina todo atentamente, se encontrarán cosas que parecen virtudes y sin embargo lo llevarán a la ruina, y otras que parecen vicios, de los que por el contrario nacerán su seguridad y su bienestar.”

DEL CAPITULO 16: DE LIBERALITATE ET PARSIMONIA (LIBERALIDAD Y PARSIMONIA)

“Empezando, pues, por las primeras mencionadas cualidades, digo que sería bueno que se te considerara liberal; sin embargo, la liberalidad, utilizada de la forma que se note, te perjudica, porque si se la utiliza con inteligencia, que es como hay que usarla, los demás no se darán cuenta, y no perderás la mala fama de la cualidad contraria. Por eso si se quiere conservar entre los hombres la fama de liberal no hay que olvidar dar muestras de suntuosidad; pero entonces un príncipe que actúe así gastará todas sus riquezas en tales menesteres, y al final, para mantener la fama de generoso tendrá que cargar extraordinariamente a la población con impuestos, y hacer todo lo posible para conseguir dinero. Entonces empezará a ser odiado por sus súbditos, y, al haber empobrecido, perderá la estima de todos; así, por su liberalidad,

habiendo ofendido a muchos y premiado a pocos, se resentirá del primer contratiempo y peligrará, y siendo consciente de ellos y queriendo evitarlo, en seguida caerá sobre él la fama de tacaño. Por consiguiente, puesto que no puede practicar la virtud de la liberalidad sin perjudicarse a sí mismo, a un príncipe no debe preocuparle, si es inteligente, tener fama de miserable (...).



EL VIL MENEM

Por tanto, un príncipe, para no tener que robar a sus súbditos, para poder defenderse, para no verse pobre y despreciado, para no verse obligado a convertirse en ladrón, no debería preocuparse demasiado de incurrir en la fama de mísero, porque es uno de los vicios que lo hacen reinar (...) Se puede ser más generoso con lo que no es tuyo o de tus súbditos, como lo fueron Ciro, César y Alejandro, porque gastar lo de los de más no disminuye tu buena posición, sino al contrario: la aumenta; sólo gastar lo tuyo te perjudica. Y no hay ninguna cosa que se consuma más a sí misma que la liberalidad, puesto que mientras la usas pierdes la facultad de usarla, y te vuelves pobre o despreciado,

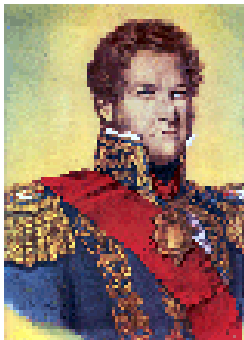


EL VIL CLINTON

o, por huir de la pobreza, ladrón y odiado. Entre las cosas que un príncipe se debe guardar están el desprecio y el odio, y la liberalidad te conduce a ambos. Por consiguiente, es más sensato quedarse en la fama de tacaño, que genera una mala fama sin odio, que, por buscar la reputación de liberal, tener que ganarse la fama de ladrón, que genera mala fama y odio a la vez.”

DEL CAPITULO 17: DE CRUDELITATE ET PIETATE ET AN SIT, ELIUS AMARI VEL TIMERI, VEL E CONTRA (CRUELDADE Y HUMANIDAD: ¿ES MEJOR SER AMADO QUE SER TEMIDO, O VICEVERSA?).

“Por tanto, un príncipe no debe preocuparse de tener fama de cruel por mantener a sus súbditos unidos y fieles, porque, con muy pocos ejemplos, será más piadoso que aquellos que por ser demasiado humanos dejan que sigan los desórdenes, de los que nacen



asesinatos y robos; porque estos suelen perjudicar a la entera sociedad, mientras que las ejecuciones que decreta el príncipe sólo ofenden a individuos concretos. Y de entre todos los príncipes, evitar la fama de cruel resulta imposible especialmente para el príncipe nuevo; estados nuevos están llenos de peligros: *“Res dura, et regni novitas me talia cogunt Molire, et late fines custode tueri”* (*“La dureza de la situación y la novedad del reino me obligan a tomar estas medidas y a defender ampliamente las fronteras con soldados”*); es una



sentencia de Virgilio puesta en boca de Dido; Virgilio, *Eneida*, I, 563-564).

(...) Esto da pie a una discusión: si es mejor ser amado que temido, o a la inversa. La respuesta es que ambas cosas son deseables, pero puesto que son difíciles de conciliar, en el caso que haya que prescindir de una de las dos, es más seguro ser temido que ser amado. Porque, en general, se puede afirmar que los hombres son ingratos, inconstantes, falsos y fingidores, cobardes ante el peligro y ávidos de riqueza; y mientras los benefician, son todos tuyos: te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, como antes dije, cuando la necesidad está lejos; pero cuando la necesidad se acerca te dan la espalda, así que el príncipe que haya confiado por completo en sus palabras y no disponga de otras defensas, se hundirá. Porque las amistades que se adquieren a un precio y no con la grandeza y la nobleza del alma, se compran pero no se poseen, y en el momento necesario no se dispone de ellas. A los hombres le da menos miedo atacar a uno que se hace amar que a uno que se hace temer, porque el amor se basa en un vínculo de obligación que los hombres, por su maldad, rompen cada vez que se opone a su propio provecho, mientras que el temor se basa en un miedo al castigo que nunca te abandona.”

DEL CAPITULO 18: QUOMODO FIDES A PRINCIPIBUS SIT SERVANTA (DE QUÉ FORMA TIENE QUE MANTENER SU PALABRA UN PRÍNCIPE).

“Debéis saber, pues, que hay dos formas de combatir: con las leyes y con la fuerza. La primera es propia del hombre, la segunda de los animales; pero, puesto que muchas veces la

primera no es suficiente, conviene recurrir a la segunda. Por tanto, un príncipe debe saber hacer buen uso tanto del animal como del hombre. Este principio se lo han enseñado a los príncipes de forma encubierta los escritores de la antigüedad, que describen de qué forma Aquiles y muchos otros príncipes antiguos fueron confiados a los cuidados de Quirón, para que los educara bajo su disciplina. Tener como preceptor a un ser medio animal y medio hombre no significa otra cosa sino que un príncipe debe usar ambas naturalezas, de las que una no puede perdurar sin la otra.



Por consiguiente, puesto que el príncipe necesita saber utilizar provechosamente al animal, tiene que elegir de entre todos los animales al zorro y al león, porque el león no se sabe defender de las redes, y el zorro no se puede defender de los lobos. Así pues, hay que ser un zorro para conocer las trampas, y un león para amedrentar a los lobos. Los que sólo se basan en el león no entienden la política. Por tanto, un señor que actúe con prudencia no puede ni debe observar la palabra dada cuando ve que se va a volver en su contra y que ya no existen las razones que motivaron su promesa.



Y si todos los hombres fuesen buenos, este precepto no sería justo; pero puesto que son malvados y sin vergüenzas no mantendrían su palabra contigo, tú no tienes por qué mantenerla con ellos. Y a un príncipe nunca le han faltado razones legítimas para excusar su inobservancia. De ello se podrán presentar infinitos ejemplos modernos y demostrar cuántas paces y cuántas promesas han sido rotas por la infidelidad de los príncipes; y los que han sabido hacer mejor uso del zorro son los que han tenido más éxito. Pero a esta cualidad hay que saber ocultarla, y ser hábil fingiendo y disimulando: los hombres son tan ingenuos, y responden tanto a la necesidad del momento, que quien engaña siempre encuentra a alguien que se deja engañar.

(...) Así pues, no es necesario que un príncipe posea de verdad todas esas cualidades, pero si es muy necesario que parezca que las posee. Es más, me atrevería incluso a decir que poseerlas siempre es perjudicial, mientras que fingir que se poseen es útil; es como parecer piadoso, fiel, humano, íntegro, religioso, y además serlo realmente; pero, a la vez, tener el ánimo dispuesto para poder y saber cambiar a la cualidad opuesta, si es necesario."

